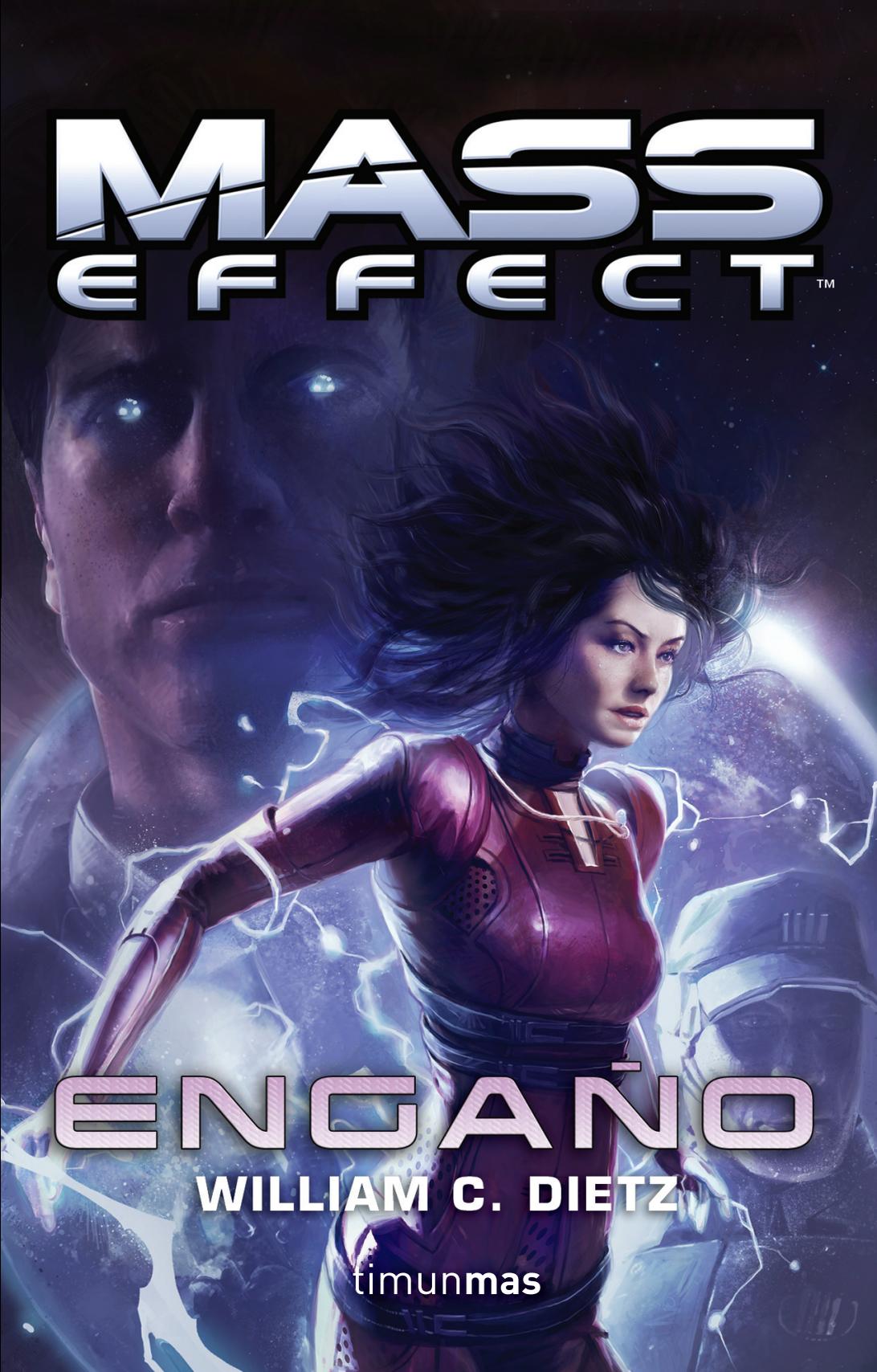


MASS EFFECT™

The book cover features a central illustration of the character Tali'Zorah vas Neema in her red and black armor, with her long, dark hair blowing in the wind. She is surrounded by blue and white energy effects. In the background, there are faint, larger images of other characters: Commander Shepard on the left and a character in a helmet on the right. The overall color palette is dark with blue and white highlights.

ENGAÑO

WILLIAM C. DIETZ

timunmas

MASS EFFECT

ENGAÑO

William C. Dietz

timun**mas**

Título original: *Mass Effect: Deception*
Traducción: © Patricia Nunes, 2014

Primera edición: abril de 2014

© 2012 EA International (Studio & Publishing) Ltd. Mass Effect, Mass Effect logo, BioWare and BioWare are trademarks of EA International (Studio & Publishing) Ltd. All rights reserved. Used under authorization.

This translation is published by arrangement with Del Rey, an imprint of Random House, a division of Random House LLC.

Derechos exclusivos de la edición en lengua castellana:
© Scyla Editores, S. A., 2014
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona (España)
Timun Mas es marca registrada de Scyla Editores, S. A.
www.timunmas.com
www.planetadelibros.com

Preimpresión: gama, sl
ISBN: 978-84-480-1916-7
Depósito legal: B. 5.623-2014

Impreso en España por Huertas Industrias Gráficas, S. A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO 1

En la Ciudadela

—No quiero ir —afirmó Nick, obstinado—. ¿Por qué no puedo quedarme aquí?

David Anderson no tenía hijos propios y, de haber estado en sus manos, el exoficial de la Armada hubiera ordenado al adolescente que saliera del apartamento, posiblemente con resultados desagradables. Por suerte, la mujer a la que amaba sabía cómo manejar esas situaciones. Kahlee estaba en buena forma para ser una mujer en la cuarentena, o en la treintena en todo caso. Al sonreír, se le marcaron pequeñas patas de gallo.

—No puedes quedarte aquí, porque David y yo quizá queremos que expliques al Consejo lo que pasó el día que Grayson irrumpió en la Academia Grissom. Es importante asegurarnos de que nada como eso vuelva a ocurrir nunca.

Durante el ataque, Nick había recibido un disparo en el estómago, y lo habían enviado a la Ciudadela para recibir tratamiento médico avanzado. Así que sabía lo de Grayson de primera mano. Nick, con el cabello negro hasta los hombros y un tamaño relativamente pequeño para un chico de su edad, pareció esperanzado.

—¿Puedo pasar por El Cubo a la vuelta?

—Claro —contestó Kahlee—. Pero sólo durante una hora. Venga, salgamos.

Se había evitado una crisis y Anderson lo agradecía. Cuan-

do dejaron el apartamento, la puerta se cerró tras ellos. Un ascensor los llevó hasta la planta baja y salieron al frenético caos de los distritos bajos. Un monorraíl corría en lo alto, los caminos de peatones estaban abarrotados de individuos de todas las especies y la calle estaba atascada por vehículos terrestres. Todo esto resultaba normal en la enorme estación espacial que servía de centro cultural, político y financiero de la galaxia.

Anderson había sido almirante y representante de la Alianza en el Consejo de la Ciudadela, así que se había pasado un montón de tiempo en ese hábitat. Todo estaba organizado alrededor de un anillo central, de casi diez kilómetros de diámetro, y las cinco *aspas* de la Ciudadela, de unos cuarenta kilómetros de largo por diez de ancho, que se extendían hacia una misma zona del espacio y le daban una forma de cilindro seccionado longitudinalmente. Se decía que la población total de la estación era superior a los trece millones de sentientes, ninguno de los cuales había tenido un papel en la creación de esa compleja estructura.

Las asari habían descubierto la estación dos mil setecientos años atrás, mientras exploraban la vasta red de relés de masa colocados por una especie viajera del espacio conocida como los proteanos. Después de establecer una base en la Ciudadela, las asari emplearon los campos de efecto de masa para explorar la galaxia.

Cuando los salarianos encontraron la estación espacial, unas décadas después, las dos especies acordaron formar el Consejo de la Ciudadela, con el propósito de solventar disputas. Y a medida que más especies comenzaron a viajar a las estrellas, no tuvieron más opción que seguir los dictados de las razas más tecnológicamente avanzadas del Consejo. Los humanos eran, relativamente, unos recién llegados, y hacía poco que se les había concedido un sitio en el Consejo de la Ciudadela.

Durante muchos años se había supuesto que los proteanos habían sido los creadores de la Ciudadela. Pero no hacía mucho, se había descubierto que los auténticos arquitectos eran una misteriosa raza de naves espaciales sentientes, a la que llamaban «los segadores». Éstos habían ideado la estación

espacial como una trampa y cada cincuenta mil años, más o menos, eran los responsables de la aniquilación de todos los sentientes orgánicos. Aunque los segadores se hallaban atrapados en el espacio oscuro, existían pruebas de que podían controlar a sus sirvientes a años luz de distancia. Y eso, opinaba Anderson, era una amenaza continua. Y el Consejo debía eliminarla inmediatamente.

El problema era que las rivalidades entre especies en el día a día a menudo interferían con los asuntos de interés general. Ésa era una de las razones por las que a Anderson y a Kahlee les estaba resultado tan difícil lograr que el Consejo mirara más allá de las rencillas históricas hacia la gran amenaza que representaban los segadores. Ellos estaban seguros de que cuando Grayson había irrumpido en la Academia Grissom se hallaba bajo el control de los segadores, al menos en parte, pero aún estaban tratando de convencer a ciertos miembros del Consejo. Y ése era el motivo de la presentación que planeaban hacer. Con suerte, si tenían éxito, el Consejo accedería a unirse en el esfuerzo de acabar con el peligro que los amenazaba a todos. De otro modo, los segadores harían lo que ya habían llevado a cabo antes: borrar toda vida sentiente de la galaxia.

Mientras Anderson guiaba a los otros a bordo de un transporte público, lo que vio le hizo recordar que los segadores habían creado la Ciudadela como cebo para una trampa de alta tecnología. Una que había estado a punto de cerrarse con tanto éxito que, en esos momentos, tres años después, parte del daño causado por las máquinas sentientes aún se estaba reparando.

El vehículo cobró vida cuando el propio Anderson se colocó ante los controles. El acelerador contragravitatorio estaba alimentado por un campo de efecto de masa y los llevaría desde los distritos inferiores a las proximidades del Presidium, donde estaban situadas las oficinas del Consejo. Kahlee estaba sentada junto a él, y Nick en la parte de atrás, jugueteando con su omniherramienta. El aparato, colocado sobre el brazo derecho del adolescente, se podía emplear, entre otras muchas cosas, para piratear ordenadores, reparar aparatos electrónicos y también para jugar. Y eso era lo que Nick estaba hacien-

do mientras Anderson guiaba el vehículo a través de un laberinto de calles, bajo elegantes pasos de peatones y hacia el flujo de tráfico que fluía como un río entre un par de altos acantilados.

Diez minutos después, el vehículo se detuvo sobre una plataforma de tránsito rápido, donde desembarcaron. Un volus bajo y rechoncho se abrió paso para hacerse con el vehículo. Iba vestido con un traje ambiente y tenía el rostro cubierto por una máscara respiratoria.

—Dejad paso, gente de la Tierra; no tengo todo el día.

Estaban acostumbrados a las formas, a menudo groseras, en las que los habitantes de la Ciudadela se trataban unos a otros, y no les sorprendió el tono peleón del desconocido. Los volus eran firmes aliados de los turianos, muchos de los cuales sentían un cierto grado de animosidad hacia los humanos como resultado de la Primera Guerra de Contacto. Y ése era uno de los problemas que impedía que las especies confiaran unas en otras.

Mientras Anderson, Kahlee y Nick iban hacia los ascensores, se cruzaron con un par de hermosas asari. Esa especie sólo tenía un sexo, pero a Anderson le parecían mujeres humanas, aunque tuvieran la piel de un ligero tono azulado. En vez de cabello, lucían unas ondas esculpidas en la piel sobre la parte superior de la cabeza, y eran placenteramente curvilíneas.

—Ya puedes volver a meterte los ojos en las órbitas —bromeó Kahlee mientras entraban en el ascensor—. No me extraña que las asari se las arreglen sin hombres. Quizá yo también podría.

—Sólo miraba, eso es todo —repuso Anderson, sonriendo de medio lado—. Tengo debilidad por las rubias.

Kahlee le hizo una mueca mientras el ascensor comenzaba a subir y al salariano que estaba frente a ellos se le caía el maletín. Lo llevaba bajo el brazo, pero de repente se le resbaló y acabó en el suelo. Como todos los de su especie, la cabeza del salariano era estrecha y coronada con dos apéndices parecidos a cuernos. Cuando se inclinó para recogerlo, el maletín se alejó de él.

—¡Nick! —exclamó Kahlee enfadada—. Para ya. Dale el maletín y discúlpate.

El adolescente parecía a punto de protestar, pero vio la expresión de Kahlee y, al parecer, se lo pensó mejor. Recogió el maletín del suelo y se lo devolvió a su dueño mascullando una disculpa.

El salariano había visto bromas bióticas antes y no parecían divertirse.

—Tienes talento —soltó—. Úsalo con cabeza.

Nick era uno de los raros individuos que podía manipular la fuerza semejante a la gravedad que se hallaba en todos los espacios vacíos del universo. En los últimos meses, el chico había estado entrenando para mejorar sus capacidades bióticas, y la sutil combinación de energía requerida para soltar el maletín y luego moverlo era bastante impresionante. También resultaba molesta, e hizo fruncir el ceño a Anderson. Por suerte para Nick, Kahlee era mucho más paciente, quizá demasiado.

Las puertas del ascensor se abrieron con suavidad y los pasajeros salieron a un vestíbulo que daba al Presidium. En marcado contraste con los abarrotados distritos, era un espacio casi completamente abierto. Había nubes artificiales en el cielo azul, la luz del sol caía desde lo alto, y mientras Anderson acompañaba a los otros por una curvada pasarela, sintió una ligera brisa en el cuello. El área que semejaba un parque acomodaba un lago, grupos de árboles y una amplia extensión de hierba bien cuidada. Gente de varias especies iban y venían continuamente. Algunos parecían tener prisa, mientras que otros paseaban tranquilamente o estaban sentados en bancos.

El paso de Anderson se hizo más decidido mientras guiaba a los otros hacia la Torre de la Ciudadela, situada en el mismo centro de la enorme estación espacial. Resultaba difícil apreciar la estructura mirándola directamente, pero Anderson sabía que podía verse a muchos kilómetros de distancia y era el punto de referencia más importante de la Ciudadela.

Las Cámaras del Consejo se hallaban hacia lo alto de la torre, y era mejor no llegar tarde, así que Anderson aceleró el paso. El orden del día del Consejo solía mantenerse variable hasta el comienzo de cada reunión. Por lo tanto, Anderson no tenía forma de saber si su presentación sería al principio, al final o en algún momento del medio.

Pero antes de que el trío pudiera entrar en la torre, era ne-

cesario presentarse en la cabina de los Servicios de Seguridad de la Ciudadela (C-Seg), situada fuera de la entrada principal. La persona al mando era un turiano. Unos ojos brillantes miraron a Anderson desde unas órbitas huesudas rodeadas por los trazos de tatuajes escarlata. Una nariz plana, de estrechas aberturas, estaba flanqueada por duras placas faciales. La boca del oficial formaba una «V» invertida y no estaba pensada para sonreír.

—Sí, señor... ¿En qué puedo ayudarlo?

—Me llamo Anderson. Almirante David Anderson. Éstos son Kahlee Sanders y Nick Donahue. Nos han invitado a presentarnos hoy ante el Consejo.

—Un momento, por favor —contestó el turiano mientras pasaba una lista de nombres en la pantalla que tenía delante—. Sí, aquí están. Ahora, si es tan amable de mirar al escáner para confirmar su identidad.

El artefacto formaba parte de la propia cabina. Y cuando Anderson lo miró, supo que le estaba escaneando las retinas. De ahí, los datos se enviarían al ordenador central de la Ciudadela, donde se comprobarían y se confirmarían. Todo eso en un par de segundos. El turiano asintió con la cabeza.

—Puede ir hacia el ascensor, almirante... Bienvenido a la Torre de la Ciudadela. Señorita Sanders, por favor, mire al escáner.

Una vez los tres hubieron sido admitidos, entraron en el ascensor transparente que los llevaría por el exterior de la torre hasta la Cámara del Consejo. Estaban solos y, mientras la plataforma ascendía, una gran parte del Presidium se hizo visible. Unas vistas tan impresionantes que consiguió un «¡Guau!» de Nick, por lo general muy taciturno.

La panorámica no era casual, claro. Estaba pensada para impresionar a los visitantes y lo conseguía. A lo lejos, Anderson alcanzó a ver los brazos extendidos de la estación espacial. Estaban salpicados de luces, que destellaban y se iban perdiendo en la nebulosa distancia.

Luego se acabó el viaje cuando el ascensor se fue deteniendo. Las puertas se abrieron y Anderson siguió a Kahlee y a Nick al pasillo. Al fondo se veía una amplia escalera. Mientras el trío se acercaba a ella, pasó antes ocho guardias de ho-

nor, cuatro a cada lado del corredor de mármol. Había dos turianos, dos salarianos, dos asaris y dos humanos. Estos últimos habían sido añadidos cuando a los humanos se les concedió un sitio en el Consejo.

Una asari, envuelta en un elegante vestido hasta el suelo, los esperaba al pie de la escalera.

—Buenos días. Me llamo Jai M'Lani. La sesión está a punto de comenzar. Ustedes son los cuartos en el orden del día. Por favor, suban la escalera y sigan hacia la derecha. Llegarán a una sala de espera desde donde podrán presenciar el pleno. Hay bebidas a su disposición. Unos diez minutos antes de su intervención, iré a buscarlos.

Anderson dio las gracias a M'Lani y siguió a Kahlee por la escalera y hacia la derecha. La sala de espera era un espacio lujoso, equipado con dos docenas de sillas encaradas hacia una gran pantalla. La mitad, más o menos, estaban ocupadas. Cuando los humanos entraron, todos los demás peticionarios se volvieron para mirarlos. En el grupo había turianos, salarianos y una mujer humana. Después de satisfacer su curiosidad volvieron a mirar la pantalla.

El trío encontró tres sillas y se sentó. Nick consultó la omniherramienta que tenía en el brazo izquierdo y Kahlee se inclinó hacia Anderson para hablarle al oído.

—Nos han puesto en mitad del orden del día. No es buena señal.

Anderson sabía a qué se refería. El Consejo tenía la tendencia, bien sabida, de tratar primero los asuntos que consideraba más importantes. Y su máxima prioridad pronto se hizo evidente cuando la enorme pantalla se encendió y se vio un amplio plano de la Cámara del Consejo. La representación abarcaba desde el fondo del gran anfiteatro y se podía ver que todos los asientos del público estaban ocupados, lo que indicaba que se iba a discutir algo que se consideraba muy importante.

Hacia la izquierda, se veía una plataforma elevada, donde se hallaban sentados los miembros del Consejo. El Estrado del Peticionario estaba situado directamente enfrente de ellos, con un quariano macho preparado para hablar. Los quarianos eran una raza nómada y, por lo general, un poco más peque-

ños que un humano medio. Como era típico en su gente, el peticionario iba vestido con un traje ambiente, con el rostro oculto tras un visor reflectante y un aparato respiratorio. La esencia de la petición del quariano quedó clara en cuanto se le dio permiso para hablar.

—Me llamo Fothar vas Mayna. Me presento ante ustedes como un representante autorizado de la flota quariana.

—Como una autorizada mierda sería mejor —gruñó uno de los turianos sentado en la sala de espera.

Y Anderson supo por qué. Habían sido los quarianos los que habían creado las inteligencias artificiales conocidas como los geth, trecientos años atrás. Más tarde, después de la rebelión geth, los quarianos se habían visto obligados a refugiarse en múltiples naves espaciales, que recibían el nombre conjunto de Flota Migrante o Nómada. Y debido a esa historia, las otras razas los despreciaban.

El público sentado en la Cámara del Consejo emitió un coro de abucheos, que se granjeó una seria advertencia por parte de la oficial humana encargada del orden. Su voz resonó en los altavoces.

—¡Se mantendrá el orden! Mis soldados vaciarán la sala si es necesario.

El ruido se fue apagando y la miembro asari del Consejo habló. Estaba en la fase matriarca de una vida muy larga y era conocida por su carácter razonable. Su piel azulada parecía brillar como si estuviera iluminada por dentro.

—Por favor, acepte nuestras disculpas, representante Fothar. Proceda, por favor.

El quariano hizo una media reverencia.

—Gracias. El asunto que deseo plantearles es sencillo. Si bien es cierto que mi raza soltó inintencionadamente la amenaza geth en la galaxia, también es cierto que hemos pagado por ese error y continuamos haciéndolo.

»El Consejo recordará que, hace muchos años, después de la rebelión geth, se nos ordenó que cerráramos nuestra oficina en el Presidium. Y entendimos por qué. Pero mucho ha cambiado desde entonces, y creemos que ha llegado el momento de establecer una nueva relación. Por eso me presento delante del Consejo buscando el permiso para reabrir la embajada

quariana en la Ciudadela. Después de todo, incluso los batarianos tuvieron una oficina así en el Presidium. ¿Por qué debe excluirse a la Flota Migrante?

Eso produjo un clamor de oposición entre el público y, cumpliendo su palabra, la oficial del orden hizo entrar a algunos soldados para vaciar el anfiteatro. Eso llevó unos cinco minutos, y el quariano tuvo que quedarse esperando hasta que se completó el proceso. Luego comenzó el debate serio y no tardó en verse que el Consejo estaba dividido. Los miembros salariano y humano estaban a favor de la propuesta, mientras que los otros dos se oponían.

Después de quince minutos de tira y afloja, fue la asari quién propuso un acuerdo.

—Me opongo a la idea de volver a abrir la embajada quariana, porque eso implica la capacidad de cumplir con las exigencias que tal institución requiere. Y el Representante Fothar aún tiene que probar que su gente puede aportar la colaboración y participación que se espera de una embajada.

»Sin embargo, dicho esto, no le falta cierta razón. Creo que establecer un enlace formal por el que la flota quariana pueda comunicarse con el Consejo sería un avance. Así que, en vez de una embajada, sugiero que autoricemos un consulado quariano. Más adelante, cuando las condiciones lo permitan, y si lo permiten, esa presencia podría pasar a considerarse una auténtica embajada.

Tanto el salariano como el humano accedieron a la propuesta y dejaron que el turiano frunciera el ceño de impotencia mientras Maynar Fothar expresaba su gratitud.

La hora siguiente pasó muy lenta para Anderson, Kahlee y Nick. Pero finalmente, después de tres presentaciones más, la asari llamada M'Lani fue a buscarlos. Mientras Anderson se levantaba, Kahlee aprovechó para advertir a Nick:

—Espera aquí. Y estate preparado por si te necesitamos.

Nick estaba jugando con su omniherramienta. El puzzle estaba diseñado para bióticos, así que no había controles físicos. Sólo receptores por los que se podía canalizar la energía oscura.

—Vale, vale —contestó éste sin alzar la mirada—. Luego iremos al Cubo, ¿no?

—Iremos —aceptó Kahlee, mientras se levantaba—. Déseme suerte.

Volvieron hasta la escalera principal y la siguieron hasta el Estrado del Peticionario. Una cosa era verlo en pantalla y otra muy diferente estar sobre la plataforma y mirar a través de quince metros de espacio vacío a los miembros del Consejo. La asari se sentaba en la punta izquierda. A su lado estaba el salariano, y luego el turiano y el humano. Detrás de cada uno de los miembros se alzaba una imagen holográfica de su rostro, de cinco metros de alto, lo que permitía al petionario ver sus expresiones.

Aunque Anderson no iba de uniforme, se cuadró como era natural en él, con la espalda tiesa como un palo y los brazos a los costados. Tenía el rostro redondo, con cabello negro y piel color oliva.

Kahlee había servido en el Ejército muchos años atrás, pero había pasado aún más tiempo de civil. Sin embargo, comprendía que las apariencias eran importantes y se cuidó de mirar a los ojos a los miembros del Consejo. La asari fue la primera en hablar.

—Saludos, almirante Anderson y señorita Sanders. Primero, antes de que presenten su informe, permítanme decirles lo mucho que apreciamos el trabajo que han estado haciendo. ¿Quién hablará primero?

—Supongo que yo —contestó Anderson—. Como saben, la señorita Sanders y yo aceptamos continuar con la investigación que tuvo lugar en la Academia Grissom y, después de un detallado estudio, creemos que los segadores están involucrados.

—¿Los segadores? —preguntó el miembro humano del Consejo—. ¿O Cerberus? La verdad, me parece que la teoría de los segadores es bastante inverosímil.

Como conocía a ese ese miembro del Consejo, Anderson había tratado de convencerlo antes de la reunión, pero sin éxito. Por tanto, al no poder contar con apoyo por esa parte, eligió las palabras con mucho cuidado.

—Los dos, en realidad —contestó—. Hay pruebas de que Paul Grayson, el hombre que irrumpió en la academia y mató a varios miembros del personal, había sido un agente de Cer-

berus en el pasado. Luego, por razones que no vienen al caso, el Hombre Ilusorio se volvió contra él. En ese momento, cerraron a Grayson en una estación espacial y lo sometieron a una serie de experimentos que lo colocaron bajo el control de los segadores. Lo sabemos porque hemos visto el laboratorio con nuestros propios ojos. Es difícil conocer exactamente el grado de influencia que los segadores tenían sobre Grayson, pero creemos que era casi total.

—Oh, eso creen, ¿no? —inquirió el miembro turiano del Consejo—. ¿Con qué base? He leído los informes y el hombre era adicto a la arena roja. Admiten que trabajaba para Cerberus. ¿Por qué desarrollar elaboradas teorías sobre los segadores cuando sus motivos son tan evidentes?

—Lo que dice usted es cierto —admitió Kahlee—. Grayson era un adicto. Pero también era el padre de una de mis alumnas. Una biótica de gran talento llamada Gillian. Y Grayson adoraba a su hija. Así que no tenía ningún motivo personal para atacar la escuela de su hija. Sin embargo, lo hizo. Y ¿adónde fue? A nuestro laboratorio de investigación. El lugar donde se almacenan todos los datos de nuestros alumnos. Luego, después de matar a tres miembros del personal, entró en la biblioteca OSD, donde se almacenaban todas las lecturas y todos los resultados de los diferentes tests.

—¿Tienen prueba de eso? —quiso saber el humano—. ¿Llamadas hacia el exterior por la extranet? ¿Pueden probar que Grayson envió información a los segadores?

—No —admitió Anderson—. No lo podemos probar. Pero el cuerpo de Grayson había sufrido una extensa modificación y creemos que tenía la capacidad de transmitir información sin emplear las tecnologías convencionales de comunicación.

—Incluso así —intervino la asari, ecuaníme—. ¿No sería más razonable suponer que Grayson estaba actuando para Cerberus? ¿Y que fue a ellos a quien envió los datos? Sin ofender, almirante, pero esa persona trabajaba para Cerberus. Una organización que está dispuesta a hacer casi cualquier cosa para favorecer a los humanos. Y usted es humano. Por lo tanto, sería comprensible que tratara de alejar la culpa de su propia especie. No de una forma consciente, sé que es us-

ted demasiado profesional para hacer eso, pero sí inconscientemente.

»En cuanto a Sanders —continuó la asari—, existen pruebas que sugieren que Grayson la apreciaba y confiaba en ella. Y quizá eso sea suficiente para influenciar su juicio.

Anderson notó que el resentimiento crecía en su interior. Tuvo que emplear toda la disciplina que había adquirido durante su carrera en la armada para no replicar de malos modos a la asari.

—Cerberus es una amenaza —afirmó tenso—. Pero si lee todo el material que la señorita Sanders y yo hemos entregado antes de esta presentación, sabrá que el cuerpo de Grayson fue examinado por tres científicos independientes y que todos coincidieron en que sus implantes eran de origen desconocido. Además, hasta el punto en que eso puede comprobarse, los mecanismos instalados en su cuerpo eran demasiado exóticos, con mucho, para que Cerberus pueda haberlos creado. Pero ver es creer. Así que, con su permiso, me gustaría presentar la prueba «A».

El miembro humano del Consejo puso una expresión de dolorida exasperación antes de reclinarsse en el asiento.

—Si debe hacerse, debe hacerse. Cuanto antes acabemos con esta farsa, mejor.

Un foco se encendió y se oyó un suave siseo mientras una brillante columna de metal iba ascendiendo del suelo. Se alzó hasta que la ventana se colocó sobre el pistón que estaba situado a medio camino entre los miembros del Consejo y el Estrado del Peticionario. Y entonces fue cuando los miembros del Consejo vieron el objeto que había sido Grayson. El cuerpo sumergido en un campo de estasis transparente.

El cuerpo de Grayson estaba desnudo y su piel tenía un tono grisáceo. Tenía dos agujeros de bordes azulados en el centro de la frente y los ojos se hallaban inquietantemente abiertos, como si miraran a la persona que había apretado el gatillo. El torso también mostraba un considerable daño. Los implantes que se le habían instalado en los miembros estaban muertos, carentes de la energía que una vez los había animado, pero aún podían verse, como serpientes, bajo la fina cu-

bierta semitransparente de la carne. Era como si su cuerpo hubiera sido sistemáticamente rediseñado.

—¡Por la diosa! —exclamó la miembro asari del Consejo, compadeciéndose—. No tenía ni idea. Pobre hombre.

—Pobre hombre, sin duda —reconoció su colega humano con seriedad—. Sólo es posible imaginar su sufrimiento. Pero, por mucho que me duela decirlo, no hay límite conocido a la inhumanidad del hombre contra sus congéneres. No puedo explicar de dónde proceden los implantes de Grayson, o cuál sería su propósito, pero Cerberus es conocido por su crueldad. Y sigo sin ver una conexión creíble con los segadores.

—Estoy de acuerdo —intervino el salariano—. Pero no creo que podamos simplemente pasar por alto la posibilidad de que los segadores tengan algo que ver. Sugiero que al almirante Anderson y a la señorita Sanders se los anime para que continúen con su investigación. Suponiendo que ellos estén dispuestos, claro está.

Anderson miró a Kahlee y la vio asentir. Volvió a mirar al salariano.

—Estamos dispuestos.

—Muy bien —dijo la asari, como si se alegrara de cerrar el tema—. Por favor, retiren el cadáver. Ya hemos visto suficiente.

Kahlee entró en la sala de espera y pasó la mirada por los asientos. No se veía a Nick por ninguna parte. La mayoría de los otros peticionarios ya se habían marchado, pero un salariano seguía allí, esperando su turno.

—Perdone —le dijo Kahlee—. Hemos dejado aquí a un chico... ¿Sabe adónde ha ido?

El salariano alzó la mirada de su omniherramienta.

—Salió hace un cuarto de hora. No lo he visto desde entonces.

Kahlee le dio las gracias, activó su omniherramienta y dijo el nombre de Nick. Le respondió una grabación.

«Soy Nick. Deja un mensaje. Te llamaré.»

—¿No contesta? —preguntó Anderson.

—Sólo el buzón de voz. —Kahlee estaba preocupada, y se le notaba en el rostro—. Le dije que se quedara aquí.

—Ya conoces a Nick —repuso Anderson—. Lo más seguro es que se estuviera aburriendo y se haya ido al Cubo. Lleva toda la mañana hablando de ese sitio.

—Es muy posible que tengas razón —aceptó Kahlee—. Pero asegurémonos. El Cubo está de camino a casa.

Anderson pensaba que Kahlee era demasiado atenta con Nick. El chico ya tenía dieciséis años. Pero ella había sido responsable del bienestar de Nick desde la academia y había aceptado ser la tutora del chico durante su estancia en la Ciudadela. Una responsabilidad que se tomaba muy en serio.

Bajaron en el ascensor de cristal hasta la planta baja y salieron por la puerta principal. El mismo turiano estaba de guardia y Kahlee se detuvo para hablar con él.

—Antes hemos pasado por seguridad con un adolescente llamado Nick Donahue. ¿Lo ha visto?

El policía asintió.

—Ha salido hace unos quince o veinte minutos.

Kahlee frunció el ceño.

—¿Y lo ha dejado marchar?

El turiano estaba claramente molesto.

—Mi trabajo es evitar que entre la gente, no que salga.

Anderson eligió intervenir antes de que Kahlee replicara.

—Lo entendemos. ¿Iba solo o con alguien?

—Iba solo.

Anderson miró a Kahlee.

—Está bien. Vamos.

Hizo falta un corto viaje en lanzadera y casi un cuarto de hora para llegar al gimnasio conocido como el Cubo. Había sido construido por bióticos para bióticos como lugar donde competir unos con otros y aguzar sus capacidades. Para ser miembro, debía demostrarse la habilidad de lanzar, inmovilizar o bloquear objetos. O de usar la distorsión espacial, creando campos de masa rápidamente cambiantes, para destruir objetivos.

Las asari eran bióticas naturales, aunque algunas eran más hábiles que otras. Pero para las otras razas, incluidos los krogan, los turianos, los salarianos y los humanos, las habilidades

bióticas eran el resultado de la exposición al elemento cero, o eezo. Y la mayoría, si no todos, estaban equipados con implantes, llamados bio-amplis, que servían para amplificar y sincronizar sus habilidades.

El gimnasio, si ésa era la palabra adecuada para describirlo, estaba situado en una vía comercial tenuemente iluminada e identificada por un cartel brillante. Un krogan estaba plantado ante la puerta principal para alejar a los curiosos. Medía unos dos metros y pesaba más de ciento cincuenta kilos. Como todos los de su especie, el portero tenía un aspecto ligeramente encorvado debido a las capas de piel y hueso que, como un escudo, le cubrían los poderosos hombros. Su rostro era plano, brutal y notable por la ausencia de orejas o nariz. Un par de ojillos muy separados miraron a Anderson con una hostilidad resentida. Su voz sonaba como una apisonadora de grava en marcha corta.

—Sólo miembros.

—Nuestro hijo es miembro —mintió Kahlee—. Nos gustaría verlo entrenar.

—¿Nombre?

—Nick Donahue.

El krogan miró su terminal, localizó lo que buscaba y soltó un gruñido.

—Pueden pasar.

La puerta daba a un atestado vestíbulo desde el que los miembros podían acceder al vestuario y el área que estaba más allá. Una estrecha escalera llevaba a un pequeño balcón donde los espectadores podían observar la acción.

—Ven —dijo Kahlee—. Vamos a verlo lanzar a gente por los aires.

—Y luego ya le echaremos la bronca —soltó Anderson a media voz, mientras la seguía.

La zona de observación estaba vacía, así que bajaron por una rampa hasta la primera fila. Desde allí tenían una buena vista del espacio cúbico por el que el gimnasio recibía su nombre.

Las paredes estaban acolchadas y divididas en cuadrados que brillaban tenuemente, de forma que cuando un salariano fue lanzado desde el otro extremo de la sala, pudo rebotar y aterrizar sin hacerse daño. Uno de los cuadrados se encendió,

se oyó un tono y una voz generada por ordenador emitió una puntuación.

—Cinco a tres, ventaja Atilus.

Pero el encuentro no había acabado, como se hizo evidente cuando el oponente turiano del salariano se alzó del suelo acolchado y cayó con considerable contundencia.

—Cinco a cuatro —indicó la voz—, ventaja Atilus.

—No veo a Nick —dijo Kahlee, mientras miraba por encima de la barandilla.

Al menos una docena de bióticos se hallaban en el cubo, sentados o de pie solos junto a las paredes. Algunos aplaudieron cuando se anotó el punto, pero se vieron obligados a apartarse corriendo cuando el turiano se tomó la revancha y el salariano salió volando hacia ellos.

—Creo que el despacho está en el sótano —añadió Kahlee—. Veamos si ha registrado su entrada.

Volvieron a la planta baja y, de allí, al sótano, donde se encontraron una oficina tenuemente iluminada. Un volus bajo y rechoncho estaba amurallado tras un desordenado escritorio.

—Los bióticos de los clanes terrestres son bienvenidos aquí —dijo—. ¿Un miembro o dos?

—Ninguno —respondió Kahlee—. Estamos buscando a nuestro hijo, Nick Donahue. ¿Ha estado aquí hoy?

El volus miró su terminal, introdujo el nombre y volvió a dirigir sus ojos hacia ellos.

—No, no ha venido. Pero pueden renovar su suscripción. Doscientos cincuenta créditos por seis meses.

—Gracias, pero no —respondió Anderson con firmeza—. Dígame una cosa... ¿Nuestro hijo tiene amigos aquí? ¿Gente con la que se ve?

El volus se encogió de hombros.

—No tengo tiempo para ocuparme de las relaciones personales. Pero he visto a su hijo con Ocosta Lem y Arrius Sallus. Entrenan juntos.

—¿Quiénes son? —quiso saber Kahlee.

—Lem es salariano y Sallus es turiano. Ambos con poderes avanzados.

—¿Han venido hoy?

El volus consultó su terminal.

—No.

—¿Dónde viven? —preguntó Anderson—. Nos gustaría hablar con ellos.

El volus vaciló como si fuera reacio a dar esa información, pero cuando Anderson colocó ambos puños sobre el escritorio y frunció el ceño, le respondió. Tres minutos después, los humanos volvían a estar en la calle. Kahlee miró el trozo de papel.

—Lem y Sallus tienen la misma dirección.

A Anderson no le gustó eso. Ni un poco. Pero decidió guardarse sus dudas para sí mismo. Bajaron tres niveles y avanzaron por calles cada vez más claustrofóbicas, flanqueadas de bares, locales de estriptis y clubes de simulación. Algunas de las personas que pasaban a su lado los miraron con ojos depredadores. Pero las apariencias lo eran todo. Y gracias a que Anderson y Kahlee parecían saber lo que estaban haciendo, les permitieron pasar sin problemas.

—Aquí es —dijo Kahlee cuando llegaron a la puerta de una mugrienta estructura. El cartel decía «Sunsu Electronics». Resultaba muy extraño que un edificio comercial fuese el alojamiento de dos bióticos.

Anderson abrió la puerta y entraron. Una mujer de mediana edad estaba sentada ante una mesa. Sonrió.

—¿Puedo ayudarlos?

—Sí —contestó Kahlee—. Buscamos a Ocosta Lem y Arrius Sallus. Nos han dicho que viven aquí.

La recepcionista frunció el ceño.

—Debe de tratarse de un error. Aquí no vive nadie. Aparte de las ratas de canalón, eso es... y no tienen nombre.

—¿Está segura?

La mujer asintió.

—Estoy segura. Somos tres empleados y todos nos vamos a casa por la noche.

Le dieron las gracias y salieron. En cuanto Kahlee pisó la calle, volvió a llamar al muchacho y obtuvo la misma respuesta. Nick había desaparecido.